

LLAMAMIENTO

Sin rumbo y sin destino

Los próximos 40 años de la vida de Moisés (1/3 de ella) se resumen en los versículos de Éxodo 2:16-23. ¿A dónde huir en esa situación? Lo lógico sería el desierto del Sinaí ya que ningún faraón dejaría el reino (ahora unificado) para incursionar en tierras semíticas. Abraham había tenido otros hijos: Ismael con Agar y Madián con Cetura. Estos pueblos nómades habitaban las regiones semidesérticas de Moab y Edom (pueblos descendientes de Lot y Esaú).

Moisés olvidó sus planes de grandeza y se relacionó con una familia de pastores. Aunque su aspecto era claramente el de un egipcio, en poco tiempo sus vestimentas y su lenguaje se asimilaron al del resto de aquel grupo nómade. Se casó, tuvo un hijo y se dedicó a criar ganado como antes lo habían hecho Abraham, Isaac y Jacob. Pero sus ovejas recorrieron únicamente el desierto del Sinaí, lugar que llegó a conocer palmo a palmo; sabía dónde resguardarse de tormentas y dónde encontrar manantiales, además de aprender a ser paciente con aquellos animales que nunca podrían sobrevivir en aquel clima sin un guía y defensor, no imaginaba que allí culminaría su vida. La vida de pastor permite experimentar largos momentos de meditación e introspección, los egipcios detestaban ese oficio, pero Dios prefirió elegir los líderes para Israel de entre las ovejas y así fue con Moisés y con David.

Triple ciudadanía

Moisés llegó a reunir en sí mismo tres culturas: hebreo por nacimiento, egipcio por crianza y educación y madianita por casamiento. Como sucederá con Pablo en el Nuevo Testamento, toda la instrucción de Moisés en manos del Señor servirá a sus propósitos eternos. Si hubiera llegado a ser faraón nunca hubiésemos meditado en su vida, pero aquel príncipe fugitivo devenido en pastor será ahora el instrumento útil para interpretar el *leitmotiv* de la obra divina.

El tiempo cumplido Ex. 2:24-25

Un nuevo cambio de liderazgo, pero los mismos dramas para el pueblo hebreo. Y llegó el tiempo en el cual Dios decide actuar. Quizá aquellos del pueblo que habían guardado las palabras del pacto, les recordarían a otros que ya se había cumplido el tiempo profetizado, en breve Dios se acordaría de cumplir otra de sus promesas: la liberación.

La teofanía Ex. 3:1-10

Moisés seguramente había llevado a las ovejas a aquel lugar cientos de veces. Pero ese día vio algo particular que lo deslumbró: un arbusto en llamas o mejor dicho “una llama” en medio de un arbusto que se parecía al troco de una vid, una madera que no se utiliza para hacer fuego por su escaso poder calórico y su corta combustión. Claramente para Moisés esa llama no demostraba depender de ese tronco para mantenerse activa.

Esta manifestación de energía o poder independiente y autosustentado es una *teofanía*, una forma de manifestación visible de Dios en el tiempo anterior a la encarnación en la persona de Jesús. El fuego es una fuerza, una forma de energía, pero en esa ocasión prescindía de la combustión del elemento para subsistir, por el contrario ni el arbusto se quemaba, ni la llama desaparecía. En medio de esa

manifestación Dios se da a conocer a Moisés como el Dios de Abraham, Isaac y Jacob. Invita a su siervo a quitarse el calzado pues se identifica como el Santo, santificando todo lugar donde Él decide residir.

En toda la Biblia, el lugar de la residencia de Dios se santifica por su presencia y, como le sucedió a Moisés, todo hombre consciente de ello siente temor a causa de su propia vileza (Ex 3:6). Pero hay una excepción: Cristo. El hijo de Dios, santo y sin mancha, veló el resplandor de su gloria y se humilló hasta hacerse hombre y morir la más degradante pena de muerte. No obstante, algunos de sus seguidores comprendieron que en su persona residía el mismo poder del Dios Todopoderoso (Lc 5:8, Jn 1:14).

De aquí en adelante Dios se manifestará a Moisés y al pueblo en una columna de fuego ardiente, liderando la caravana o iluminando sobre el tabernáculo durante las noches; el mismo fuego que se manifestará sobre el monte Sinaí desde donde Dios dictó su ley. Su presencia en aquella ocasión se manifestó en truenos, relámpagos, fuego y temblor causando terror entre los israelitas (Dt 4:10-12).

Primera objeción ¿Quién soy yo? 3:11

Con semejante manifestación sobrenatural, luego de aquellas palabras que apenas pudo llegar a comprender, Moisés parece asombrado por la empresa que Dios acaba de encomendarle. ¿Ahora que tengo 80 años? ¡Me he olvidado hasta del idioma! Llevo 40 años dedicado al pastoreo y durante ese tiempo el personaje más importante que habló conmigo es mi suegro Jetro. La respuesta del Señor no se hizo esperar: no importa quién es el mensajero, sino quién lo envía. No es el instrumento sino quien lo ejecuta el que saca las mejores melodías. No era Moisés sino el Dios, creador de cielo y tierra, quien ahora estaba dispuesto a sacar a Israel de Egipto.

Segunda objeción ¿Quién eres tú? Ex 3:13-15

El pueblo de Israel tenía una historia, sus antepasados habían recibido la promesa de un pacto entre ellos y el Dios del cielo. Pasaron siglos sin que Dios se manifestara en forma personal como lo había hecho con Abraham, Isaac y Jacob. ¿Con cuál de los nombres que conoció Abraham debía anunciarle al pueblo la empresa? El Elyon, El Shadai, Adonai, Jireh...Entonces la respuesta del Señor fue: YO SOY EL QUE SOY. Este sería de ahora en más, EL NOMBRE de Dios, el único ser autosuficiente que no depende de nada ni de nadie para existir. El Ser eterno, inmutable, que nunca cambia, que no declina y que está siempre presente.

El Dios que se revela en la Biblia no muestra sombra de variación (Sgt 1:7). Jesús declaró en una controversia con los fariseos que antes que Abraham naciera, él ya existía como el YO SOY, utilizando la misma expresión del Éxodo y por lo tanto denominándose a sí mismo Dios (Jn 8:58).

La confesión de Westminster dejó asentado un párrafo que resume el significado de la aseidad de Dios, este atributo incomunicable que lo define como un ser único: *“Dios tiene en sí mismo y por sí mismo toda vida, gloria, bondad y bienaventuranza. Él es único todo suficiente en y por sí mismo, no teniendo necesidad de ninguna de sus criaturas hechas por Él, ni derivando gloria alguna de ellas, sino que manifiesta su propia gloria en ellas, por ellas, hacia ellas y sobre ellas. Él es la única fuente de toda existencia, de quien, por quien y para quien son todas las cosas; teniendo el más soberano dominio sobre ellas, para hacer por medio de ellas, para ellas, o sobre ellas todo lo que a Él le plazca”*.

Moisés recibió el privilegio de conocer el “nombre” de Dios, JHWH. En el hebreo original antiguo no existían las vocales y los israelitas entendieron la majestad sublime de su significado, por ello no lo

pronunciaban ya que lo consideraban absolutamente sagrado. La Biblia nos asegura que ese mismo Dios es quién llevó adelante su plan hasta encarnarse en el Señor Jesucristo. Ya podemos entender por qué para aquellos que lo escucharon durante su ministerio, fue tan difícil asumir la deidad de Jesús.

En la próxima clase veremos que otras dudas surgen en la mente de Moisés al ser llamado a cumplir su ministerio.